

LARA SMIRNOV

Algunas

desayunan con

diamantes

yo prefiero unos

churrit



*Algunas desayunan
con diamantes, yo
prefiero unos churritos*

Lara Smirnov

Esencia/Planeta

© Lara Smirnov, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Bochan / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: junio de 2019
ISBN: 978-84-08-21082-5
Depósito legal: B. 10.881-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Perlas nacaradas

Las perlas han sido valoradas desde la Antigüedad. Los egipcios las adoraban y en las grandes cortes europeas las usaban no sólo como joyas, sino también bordadas en la ropa. La más famosa es la perla Peregrina, que viajó varias veces de América a Europa en manos de reyes, y que Richard Burton regaló a su adorada Elizabeth Taylor un San Valentín. Para brillos y sombras, la relación de esa pareja. Y, para joyas valiosas, los ojos de la Taylor.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

Toledo, España, 2018

—¡Ágataaaaa! ¿Dónde están los zapatos?

«“¡Ágata, Ágata, Ágataaaaa!” Tengo la voz de Cristina clavada en el cerebro. Si lo sé, me quedo en Londres.»

Cristina y Ágata Veragua tenían una sola cosa en común: el apellido. Ágata no entendía a su hermana; creía que debería ser la persona más feliz del mundo..., y no sólo por tener tipazo, pelazo y cochazo. Sí, sentía envidia de ella, pero no por sus medidas perfectas ni por su melena rubia, ya que Ágata estaba muy a gusto con su metro setenta, sus pechos no muy grandes y su pelo castaño; lo que envidiaba era su relación con Roberto.

—¡Ágataaaa! Llama al idiota de Roberto. Dile que, como llegue tarde a la boda, lo capo y con sus huevos me hago una gargantilla.

«¿Qué demonios ve Roberto en ella?»

Ésa era la pregunta del millón. ¡No, del millón de millones! Si no fuera porque la conocía desde que nació, Ágata pensaría que era una bruja que lo había hechizado, pero sabía que su hermana no soportaba la magia. Decía que eran bobadas. ¡Ni siquiera le gustaba Harry Potter!

Ágata reprimió las ganas de gritarle a su hermana que Roberto no era ningún idiota y que llegaría a tiempo, pero no era de piedra y no pensaba dejar pasar la oportunidad de volver a hablar con él, aunque fuera para echarle la bronca de parte de su hermana.

De hecho, prefería hacerlo ella; así se lo suavizaba un poco. Roberto trabajaba en el bufete de su padre, el gran Pedro Veragua, famoso por no perder nunca un caso y por su mal carácter. Cristina había heredado una de esas dos cosas de su padre. No tenía estudios universitarios ni ningún tipo de ambición laboral, pero sí un carácter del demonio y un máster en mal humor.

«Es borde *cum laude*.» Ágata sacudió la cabeza y llamó al que un día sería su cuñado, para su resquemor eterno.

—¿Roberto?, soy Ágata.

Él tardó unos segundos en responder.

—Hola, Ágata. —Al oír su voz, ella suspiró y se enroscó un mechón de pelo alrededor del dedo. Él también suspiró, pero no por la misma razón—. ¿Qué quiere Cristina?

—Dice que no la hagas esperar, que tiene muchas ganas de verte. A él se le escapó la risa por la nariz.

—No ha dicho eso.

Ella volvió a suspirar.

—No me hagas repetir lo que ha dicho, por favor.

Roberto se echó a reír con ganas y su risa provocó en Ágata un efecto fulminante. Hacía tanto tiempo que soñaba con notar su aliento en el cuello, el roce de sus manos en la cintura, sus labios contra...

—¿Ágata? —Ella gimió cuando el dueño de sus fantasías la arrancó de ellas—. Dile que llegaré a tiempo.

—Vale. Conduce con cuidado, ¿quieres?

—Claro. Un beso, Gatita.

* * *

—¿Te crees que soy idiota? ¡Esto no son lirios persas! —exclamó Cristina mientras la organizadora de bodas y su ayudante intercambiaban una mirada desesperada—. Os dije que queríamos lirios persas, no del Amazonas.

—Nos lo dijo hace dos días..., después de haber cambiado de idea diez veces —protestó la organizadora.

—Once —apuntó el ayudante—. Los lirios ya habían llegado a la floristería. Estaban pagados y no son baratos. Además, es imposible conseguir lirios persas con tan poco tiempo.

—Cristina, ¿dónde está el problema? —Ágata, que tenía la sensación de haberse convertido en una enviada especial de la ONU, trató de poner paz—. Esas flores son preciosas y del mismo color que las servilletas y el cinturón de la novia.

—¡*Faja*, se llama *faja*! —la corrigió Cristina sin mirarla—. No tienes ni idea de nada, Ágata, así que no te metas. Y vosotros, si ni siquiera sois capaces de traer las flores que desea la novia, ¡no quiero ni pensar en lo que nos espera en el banquete! ¡A ver qué desgracia habéis hecho en la capilla!

Cristina se alejó taconeando con decisión y su hermana aprovechó para perderla de vista un rato. Si se ponía así de histérica en la boda de su amiga, ¿cómo se pondría en la suya?

«Creo que voy a informarme de programas de intercambio en la *uni*. Si se casa, pido el traslado a la Patagonia. Londres está demasiado cerca.»

Se dirigió a la entrada del cigarral familiar, disfrutando del paisaje y de las vistas que tanto había echado de menos. Aunque la novia era Inés, la hija del socio de su padre, la ceremonia se cele-

braba en casa de los Veragua. ¿Por qué? Cosas de su madre y de la madre de Inés, que eran amigas de toda la vida y que tenían demasiado tiempo libre. En teoría, porque su cigarral tenía capilla y el de los Carrión no. Además, desde su casa las vistas de la puesta de sol sobre Toledo no tenían rival. Pero Cristina se lo había tomado como una afrenta personal. Aceptó ser la dama de honor principal de Inés y encargarse de dirigir los preparativos para que nadie pudiera decir que era mala amiga, pero se había pasado semanas gritando que su propia familia le había boicoteado el que debería haber sido el día más feliz de su vida. Y pagaba su mal humor con todo el que se pusiera en su camino. Sobre todo con Roberto.

Ágata se acercó a la entrada, donde el chófer del bufete Veragua & Carrión Asociados se preparaba para organizar el aparcamiento de los coches de los invitados, que pronto empezarían a llegar.

—¿Todo listo, Miguel Ángel?

—Sí, señorita Ágata.

—¿Necesitas algo?

—No, gracias. Yo, mientras tenga trastos con ruedas y gasolina cerca, soy feliz, pero igual podría ayudar a aquel caballero.

Miguel Ángel le señaló a un hombre alto vestido con traje oscuro, capa y chistera, que esperaba bajo una encina.

Curiosa, se acercó a él.

—Hola, qué temprano llega, es el primero. ¿Viene de parte del novio?

El hombre se volvió hacia ella, que quedó deslumbrada por su sonrisa.

—Hola. No, no soy un invitado. Me envía la agencia de actores para que entretenga a los niños.

Ella alzó las cejas sorprendida. El hombre tenía una planta espectacular. Le recordó a Hugh Jackman en la película *El truco final*.

«Con lo guapo que es y sólo encuentra trabajo en una boda. ¡Qué dura es la vida del artista!», se dijo.

—Ah, encantada; soy Ágata. ¿Y usted se llama...?

El hombre alzó las cejas. Al parecer, no estaba acostumbrado a que los clientes se interesaran por su nombre.

—Rasputín —respondió tras un instante de vacilación—, pero tutéeme, por favor. Me hace sentir muy viejo.

La sonrisa de ese hombre era más efectiva que un truco de magia, y la encendió por dentro como una bengala sin necesidad de cerillas.

—¿Rasputín?

—Es mi nombre artístico. —Se inclinó en una reverencia, haciendo una floritura con el brazo—. Había pensado ponerme aquí de momento y recibir a los invitados con pompas de jabón gigantes. ¿Cómo lo ve?

—¡Me encanta la idea! ¡Claro que sí! Y tutéame tú también —dijo, echando de menos la soltura de su madre con sus invitados al notar que se ruborizaba.

Ágata se quedó charlando con Miguel Ángel y mirando disimuladamente al guapo ilusionista.

Al cabo de un rato, una hilera de coches empezó a descender de Toledo hacia el puente de Azarquiel y ascendió por la otra ladera del Tajo en dirección al cigarral de los Veragua.

Poco después, Miguel Ángel estaba en su salsa, organizando el tráfico. Rasputín movía dos varitas mágicas unidas por unas cuerdas en el aire, creando galaxias iridiscentes que brillaban como perlas nacaradas en el aire cristalino de las afueras de la ciudad de las tres culturas.

Tres hermanos bajaron de un coche y empezaron a saltar, tratando de atrapar las pompas de jabón. Ágata se dejó contagiar por su entusiasmo y se unió a ellos, saltando y dando vueltas, haciendo girar la falda de su vestido color coral, su color favorito.

Así la vio Roberto al apagar el motor del coche y, aunque había ido allí desde Madrid pisando el acelerador a fondo para eludir la bronca de Cristina, no pudo evitar quedarse unos segundos contemplando a la que algún día sería su cuñada.

A sus diecinueve años —¡Casi veinte!, como le recordaba ella

cada vez que salía el tema—, Ágata era como un hada alegre, ansiosa por vivir aventuras, sencilla, transparente y colorida como la piedra semipreciosa que le daba nombre.

Roberto se obligó a borrar la sonrisa bobalicona que se le había formado en la cara.

«Y una niña. Sigue siendo una niña. ¿No lo ves?»

Al bajar del coche, los recuerdos lo asaltaron y, por un momento, se sintió orgulloso del Alfa Romeo Giulietta rojo que pronto acabaría de pagar. Sacudió la cabeza, sonriendo con ironía al recordar al joven entusiasta que había aceptado la invitación de su jefe dos años atrás y que se había presentado en el cigarral en la vieja Vespa Piaggio con sidecar de su padre porque no tenía coche propio. Su padre decía que era color verde luz, pero Roberto refunfuñaba y decía que tenía el color del agua de una piscina al final del verano. Al entrar a trabajar en el bufete, se había jurado que lo primero que haría sería comprarse un coche para dejar de sentirse acomplejado ante sus jefes.

Se apeó del vehículo con la satisfacción de haber logrado su objetivo, pero su gozo duró hasta que un BMW Serie 8 Coupé aparcó a su derecha y un enorme Porsche Cayenne lo hizo a su izquierda. Cuando el conductor lo miró de arriba abajo con suficiencia, la semierección que le había provocado el baile de Ágata se vino abajo.

«Mejor así, no hay mal que por bien no venga», se dijo dirigiéndose hacia la hija pequeña de su jefe, a la que apenas había visto en persona durante los últimos dos años pero que seguía causándole las mismas sensaciones: ternura, instinto de protección y deseo; un cóctel demasiado peligroso.

—¡Robbie! —La pequeña de los Veragua se lanzó sobre él, que le devolvió el abrazo, pero marcando las distancias que se había impuesto—. Has llegado a tiempo. —Ágata carraspeó y asumió su papel de anfitriona—. Cristina estará contenta.

—¿Tú crees? —Roberto alzó una ceja.

—Bueno, no pidas peras al olmo. Sigue enfadadísima con mamá por haber ofrecido la finca a los Carrión. Dice que no podrá vender

su boda a las revistas del corazón en el mismo sitio, que éste es su cigarral, su ermita, su puesta de sol, bla, bla, bla...

Sí, Roberto sabía de lo que hablaba porque Cristina llevaba seis meses sin pensar en otra cosa. Él siempre le recordaba que lo importante no era la ceremonia, sino unir su vida a la de la persona adecuada, pero ella lo miraba y resoplaba, como si fuera una adolescente a la que han encargado vigilar a su primo pequeño y pesado.

La relación entre ellos no era buena. Ambos se movían por intereses y ambos sabían que lo suyo no iba a ninguna parte, pero día a día, semana a semana, la situación se había ido alargando. Entre ellos no había sexo, y ésa era una de las razones por las que Roberto estaba quemadísimo. Tan quemado estaba que acabó hablando con Iván, el novio de Inés y cliente del bufete, y sugiriéndole que buscara otro escenario para la boda. Iván le había dirigido una mirada de incredulidad y le había confesado que prefería bañarse entre tiburones a inmiscuirse en los preparativos de la ceremonia. Le había aconsejado hacer lo mismo si aspiraba a casarse con la hija del jefe y se había despedido con una palmadita en la espalda.

—¡Ágataaaaa! —Cristina se acercó a ellos enfundada en su vestido gris perla adornado con numerosos cristales de Swarovski que la hacían brillar a la luz del atardecer.

Aunque sabía que no debía hacerlo, Ágata se volvió hacia Roberto. Tal como se temía, él la contemplaba deslumbrado por su brillo.

Rasputín, que también se había quedado embobado mirando a la que parecía una modelo de Victoria's Secret, reaccionó y llenó el aire de grandes pompas iridiscentes para impresionarla.

—¡Serás cretino! —exclamó Cristina sacudiendo los brazos en el aire como si, en vez de pompas, el artista le estuviera lanzando enjambres de avispas enfurecidas—. ¡Como se me manche el vestido, me encargo de que no vuelvas a trabajar en tu vida!

El animador empezó a perseguir las pompas, tratando de hacerlas estallar con las varitas mágicas, para deleite de los niños, que se unieron al nuevo juego.

—¿Es que todo tengo que hacerlo yo? ¿Nunca piensas con la cabeza, Ágata?

La pequeña de los Veragua estaba estudiando Ingeniería Informática en Londres. No solían acusarla de no usar la cabeza, pero su hermana tenía razón: cuando Roberto estaba cerca, su cerebro se apagaba solo y otras partes de su anatomía empezaban a funcionar en piloto automático.

—Estás preciosa, cariño —susurró Roberto, rodeando la cintura de su novia con un brazo e inclinándose para besarla en el cuello, porque ya sabía por experiencia que no soportaba que la besara en la cara cuando estaba maquillada.

—¡Ya era hora! —Cristina se zafó de su abrazo—. ¡Es que si no hago yo las cosas, no las hace nadie! Roberto, llama a Iván. Asegúrate de que está en camino y de que trae los anillos. Ágata, llama a Inés. Asegúrate de que sigue viva. Cuando acabe la ceremonia, que se tire al Tajo si quiere, pero esta boda no me la va a chafar nadie, ¡ni siquiera los novios!

Roberto y Ágata intercambiaron una mirada entre cómplice e incómoda al oír la mención al río, pero Cristina, que se dirigía ya a la gran carpa instalada junto a la casa como si fuera un rompehielos de brillante acero inoxidable, los llamó por encima del hombro:

—¡Venga! ¡No os embobéis!

—Qué ganas tengo de que pase todo —le confesó Roberto al oído, y Ágata se estremeció sin remedio.

Roberto sonrió. Las hermanas Veragua eran sensibles, sensuales y apasionadas. Su novia, Cristina, era un volcán en todo..., menos cuando estaba con él. Lo primero que ella le dijo cuando su padre impuso sus condiciones fue que no creía en el sexo antes del matrimonio. Sabía que era una excusa porque la había visto en acción, pero fingió creerla porque no tenía interés en acostarse con ella. En aquel momento, en su vida sólo había sitio para su carrera profesional.

—Pues anda que yo... —murmuró Ágata—. Tenía ganas de volver a casa, pero esto no es un hogar, es un campo de batalla.

Pedro Veragua, el padre de Ágata y jefe de Roberto, se acercó a ellos.

—Ágata, ve con tu hermana; ha surgido no sé qué problema.

La pequeña de los Veragua resopló y se dirigió hacia allí, rodeando la piscina.

—Nos vemos luego, Gatita —se despidió Roberto.

—Guárdame un baile, Robbie —le pidió ella.

—Consultaré mi carnet; creo que me queda un hueco —repuso él guiñándole el ojo.

—Más te vale. —Lo señaló con el dedo y se alejó. Aunque nadie lo sabía, la idea de bailar con Roberto en la boda había alimentado sus fantasías durante los últimos meses.

Los dos hombres esperaron a que Ágata estuviera lo bastante lejos antes de hablar de trabajo.

—¿Has resuelto lo de Aguirre, Roberto? —Aunque parecía una pregunta, el joven abogado sabía que era una orden.

—Sí, Pedro. He abierto el fondo *offshore*, tal como me dijiste.

Veragua asintió.

—¿En Bahamas?

—No, en las islas Caimán.

Pedro miró al horizonte y Roberto lo observó de reojo. Admiraba a su jefe, siempre calmado, parecía que nada ni nadie podía afectarlo. Le habría gustado ser como él: una roca, un puntal, un hombre de hielo. Por él llevaba dos años haciendo cosas que le dificultaban el sueño por la noche.

—Ya lo sabes. El cliente debe quedar contento, lo demás da igual.

—Por supuesto, eficiencia y discreción es el lema de la empresa, no se me olvida.

Pedro le dio una palmada en el hombro.

—Buen chico. Vamos a buscar a Cristina.

Roberto miró a su alrededor y, al ver que un camarero llevaba una bandeja con copas, alzó la mano con decisión.

Normalmente tenía las cosas claras y estaba satisfecho con su vida. Venía de familia trabajadora y había logrado ser el primero de

su promoción gracias a su esfuerzo. Luego consiguió entrar en el principal bufete de abogados de Madrid, especializado en Derecho Mercantil. Y no sólo eso. Había logrado que lo invitaran a las comidas familiares en el cigarral, convirtiéndose en la envidia de sus compañeros de promoción, de bufete y de gimnasio. Sin embargo, nunca conseguía acallar del todo una vocecita que le advertía que el camino que había tomado para llegar a lo más alto de su profesión era una autopista de pago y que, en algún momento, llegaría al peaje.

«Buen chico», había dicho su jefe, pero bien podría haber dicho: «Buen perro». Ésa era la sensación que tenía cada vez que se lo decía.

Cogió dos copas de la bandeja y le ofreció una a su jefe, pero Veragua la rechazó con un gesto despectivo.

—Eso es un ponche para abuelas.

Roberto se encogió de hombros y se bebió las dos copas del tirón, una detrás de otra.

* * *

Al otro lado del río, Rubén, el hermano de la novia, sonrió al verlo.

—¿Estás nervioso, Roberto? —murmuró con el ojo pegado al telescopio de su habitación, el mismo desde el que había observado a sus vecinas durante buena parte de su vida—. Pues la función no ha hecho más que comenzar. ¡Que empiece el espectáculo!